

DE LAS HOMILÍAS DE SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, OBISPO

(Homilía III, sobre la Dormición de la santa Madre de Dios)

Cuando Cristo nuestro Dios determinó llevar junto a sí a su propia Madre, que es la Madre de la Vida, le hizo saber que estaba próximo el tiempo de su reposo.

«Ya ha llegado el tiempo –dice el Señor– de llevarte conmigo, oh Madre. Tú has llenado de gozo toda la tierra y a cuantos en ella habitan, oh plena de gracia, ven ahora a inundar de alegría los cielos. Ven a regocijar las mansiones de mi Padre, ven a colmar de alegría también las almas de los santos. Pues al verte subir hacia mí rodeada por una gloriosa escolta de ángeles, comprenderán, sin duda alguna, que también ellos, gracias a ti, han de tener parte conmigo, entrando en posesión del reposo en la luz.

Ven, por tanto, con júbilo. Recibe hoy nuevamente la invitación a la alegría, como la acogiste en otro tiempo, ya que a ti convienen de manera eminente las palabras que te dirigió el ángel: tú eres la llena de gracia. Cuando te fue anunciado mi nacimiento recibiste un anuncio de gozo: que la alegría te envuelva mucho más ahora que vengo a buscarte.

No te inquietes porque has de dejar este mundo sujeto a la corrupción, con todos sus deseos: tú quedarás libre de la corrupción, pero no dejarás huérfanos ni privados de ti a los que permanecen en él. Así como yo no soy del mundo, pero dirijo mi mirada hacia los que están en él y los guío, así también tu auxilio en favor de los que habitan en el mundo no cesará hasta el final de los tiempos.

No sientas pesar por esta carne que abandonas: te encaminas a la vida, la vida verdadera, te diriges a un reposo colmado de alegría, a una paz inquebrantable, a una existencia sosegada, a una felicidad sin sombra, a días sin ocaso, a la felicidad eterna, a una luz indeclinable, a un día sin atardecer; vienes hacia mí, que soy tu creador y el creador de todas las cosas. En efecto, allí donde yo estoy, se encuentra la vida eterna, el gozo incomparable, la morada de reposo y la ciudad inalterable. Donde yo estoy estarás tú, oh Madre inseparable del Hijo que no ha de ser apartado de ti. Donde está Dios, allí está toda la bondad, todo el gozo, toda la dicha. Nadie que haya visto mi gloria, quiere perderla; nadie que haya entrado en mi descanso, desea de nuevo las cosas del mundo percedero. Pregunta a Pedro si hay comparación posible entre el mundo y el Monte Tabor, donde él, por breve tiempo, contempló mi gloria.

La muerte no se gloriará a costa de ti, pues tú llevaste la Vida en tu seno. Tú fuiste mi albergue, que no ha de ser devastado por el poder destructor de la muerte, ni oscurecido por las sombras del reino de las tinieblas. Ven complacida hacia el que ha nacido de ti. Ven con alegría. Abre el paraíso cerrado por Eva, cercana a ti por naturaleza y por parentesco. Entra en el gozo de tu Hijo. Deja la Jerusalén terrena y corre hacia la ciudad celestial.

Cuando tus días transcurrían en el seno del mundo corruptible, yo te manifestaba en visión mi poder; ahora que dejas la vida, me mostraré a ti cara a cara. Tu cuerpo es mío, tengo en mi mano todas las profundidades de la tierra y nadie puede arrancar nada de mi mano. Confíame tu cuerpo. ¿Acaso no confié también yo mi divinidad a tu seno como a un receptáculo?

Tu alma colmada de Dios contemplará la gloria del Padre. Tu cuerpo sin tacha percibirá el esplendor de su Hijo único. Tu espíritu inmaculado verá la majestad del Espíritu Santísimo».